

ante para durar? ¿Cómo no conocí que él, lo mismo que los demas, probaria que es.... un asno?.... ¡Necio! ¡haber buscado sentido comun en una tierra como esta!.... ¡Sepúltate otra vez en el caos, Rafael Aben-Ezra!

Pronunciadas estas palabras, se mezcló con los soldados, y no volvió á hablar al prefecto y sus hijos hasta que llegaron al puerto de Berenice; entonces, poniendo el collar en manos de Victoria, desapareció entre la multitud que poblaba el muelle, sin saberse su direccion.

CAPITULO XVIII.

Dejamos á Filemon en medio de sus antiguos amigos los godos, buscando dos importantes elementos de humano consuelo, la libertad y una hermana. Halló al fin la primera en un vasto salon donde varios godos estaban holgando y bebiendo, y se retiró al rincon mas próximo, donde permaneció, habiendo olvidado enteramente su último terror

y su rabia, absorto en su nuevo pensamiento. Su hermana, no le cabia duda, se encontraba allí.... Pero ¿cuál de todas aquellas jóvenes era la que habia llegado á ser para él en un momento mas querida, mas grande que todas las cosas del cielo ó de la tierra? ¿La italiana, de formas redondeadas y de hermosos cabellos? ¿La judía, altiva y de nariz aguileña? ¿La copta delicada, morena, de rasgados ojos? ¿La alta y perezosa griega, bajo cuyas negras pestañas lucian subitos relámpagos, que revelaban pensamientos profundos y sentimientos no cultivados, ni siquiera imaginados por ella?.... ¿Seria esta su hermana.... ó aquella otra.... ó la misma Pelagia, mas hermosa y pecadora que ninguna? ¡Terrible pensamiento! Encendiósele el rostro sin mas que ocurrirle; y sin embargo, ¿por qué en lo mas secreto de su corazon ésta era la mas agradable de todas las hipótesis? De repente, sus ideas tuvieron que mudar de rumbo.

—¡Veamos, veamos; hay una riña en la calle! gritó una de las jóvenes con todo el lleno de su voz.

—No pienso moverme, dijo bostezan-

do un corpulento godo que estaba teñido de espaldas sobre un sofá.

—¡Oh! ¡levántate, héroe mio! dijo otra de la chicas. Es un tumulto divertidísimo, y el prefecto en persona está en medio de los alborotadores. No ha habido otro igual en este mes.

—Los príncipes no me permitirán pegar en la cabeza á alguno de esos monos. y ver que otros lo hacen excita mi envidia. Dame el jarro con el vino y un beso. . . . ¡Maldita chica! ¡se ha subido y me ha dejado solo!

Los gritos y el ruido de las pisadas se acercaban, y al cabo de un minuto Wulf bajó las escaleras con rapidez, y atravesando el salon, entró en el harem y se presentó al Amal.

—Príncipe..... se nos ofrece una buena ocasión. Esos bribones de griegos van á asesinar á su prefecto bajo nuestras mismas ventanas.

—Así el pícaro embustero no nos volverá á engañar. No será porque no tenga una numerosa guardia. ¡Qué hace ese necio que no cuida de su persona?

—Han huido todos, y he visto á algunos tratando de ocultarse entre la mul-

titud. Seguramente, pocos minutos quedan de vida al prefecto.

—¡Qué nos importa?

—¡Y por qué no hemos de salvarle y captarnos su favor para siempre? Nuestra gente desea combatir, y es mal plan no dar sangre de vez en cuando á los perros, para que no pierdan el gusto á la caza.

—Pero si no duraría cinco minutos.

—Y los héroes mostrarán que saben perdonar al enemigo en la desgracia.

—¡Ciertol! ¡Y el Amal también!

Así diciendo, se levantó y gritó á los suyos que le siguiesen.

—Adios, hermosa. ¡Hola, Wulf, exclamó al entrar en el patio; aquí tenemos de nuevo á nuestro monge! ¡Por Odin! ¡bien venido seas, guapo chico! ven también á combatir; ¿para qué te han dado esas armas?

—Es mi hombre, dijo Wulf tocando la espalda de Filemon, y va á tomar el gusto á la sangre.

Los dos salieron, y Filemon, en el actual estado de su espíritu, los siguió indiferente á todo.

—Traed vuestros látigos. Nada de espadas; pues esos bribones no mere-

cen probar su filo, dijo el Amal blandiendo su pesada correa de unos diez piés de largo. Abrió la puerta, y en el momento tuvo que retroceder, arrastrado por el empuje de un grueso peloton de gente, que entró y volvió á salir con la mayor rapidez, cuando el godo, poniendo en accion la fuerza, combinada de su peso y de su brazo, se abrió paso al través de ellos, derribando uno á cada golpe y seguido por sus terribles compañeros.

No podian llegar mas á tiempo. Los cuatro caballos blancos de la cuadriga estaban rodando uno sobre otro, y se veia á Orestes vacilar en el carruaje, con el rostro ensangrenado y las manos de veinte furiosos asidas de él.

—¡Misericordia! gritaba el miserable prefecto. ¡Soy cristiano! ¡Juro que soy cristiano! ¡El obispo Atico me bautizó en Constantinopla!

—¡Muera el verdugo! ¡Muera el tirano, protector de los gentiles! ¡Sacadle del carruaje! respondian muchas voces.

—¡Miserable cobarde! dijo el Amal deteniéndose. ¡No mereces que te ayude! Pero en el mismo instante Wulf se abalanzó, hiriendo á derecha é izquier.

da, y Filemon saltó sobre el carruaje y tomó á Orestes en sus brazos.

—Estás seguro; no te resistas, le dijo en voz baja.

Una ó dos piedras le alcanzaron, pero solo consiguieron avivar su determinacion; y dentro de un momento el silbido de los látigos en torno de su cabeza, y los gritos de la multitud á su espalda, le anunciaron que se hallaba seguro. Llevó su carga al portal de la casa de Pelagia, en medio de curiosas damas, donde veinte pares de manos de las mas hermosas que habia en Alejandria le cogieron y entraron en el patio.

—¡Como otro Hilas, conducido por las ninfas! dijo sonriéndose cuando desapareció en el harem, para reaparecer á los cinco minutos, ceñida la cabeza con pañuelos de seda y mas impudente que nunca.

—Héroes.... soy vuestro esclavo.... Os debo la vida; y el valor de vuestro socorro es excedido únicamente por la delicia de vuestro cuidado. De buena gana recibiria una segunda herida para disfrutar por segunda vez los favores de tales manos y ver tales piés ocupados en mi servicio.

—No hubieras hablado así hace cinco minutos, dijo el Amal mirándole como un oso pudiera mirar á un mono.

—¡No pienses en las manos y los piés, pues que no son tuyos! observó con aspereza una voz desde atrás, probablemente la de Smid, hijo de Troll; y todos soltaron la carejada.

—¡Salvadores míos! ¡Hermanos míos! dijo Orestes, desentendiéndose de las risas, ¿cómo os podré pagar? ¡Hay alguna cosa aquí, dependiente de mi empleo, y con la cual me sea dable (no digo recompensaros, porque este sería un término inferior á vuestra dignidad como bárbaros libres) sino mostraros mi agradecimiento?

—¡Concedéndonos tres días de pillaje en el barrio! gritó uno.

—¡Ah! el valor verdadero desprecia los obstáculos; olvidais vuestro reducido número.

—Prefecto, dijo el Amal, si lo que quieres dar á entender es que nosotros, que no pasamos de cuarenta, no podríamos cortar en tres días todas las gargantas que hay en Alejandría, inclusa la tuya, y tener entretanto á tus soldados en suspenso....

—¡La mitad se nos unirían! esclamó uno; ¡pues al cabo son parte de nuestra carne y de nuestros huesos!

—Perdon, amigos míos; no lo dudo un solo instante. Conozco el mundo lo bastante para no haber visto un perro de ganado que, presentándose la ocasión, no se comiese un trozo del carnero que estaba encargado de guardar. ¿Qué te parece, respetable anciano? añadió volviéndose á Wulf con un saludo.

Wulf puso mal gesto, y dijo algo en lengua gótica al Amal.

—Os pido perdon, heroicos amigos míos, continuó Orestes; pero con vuestro permiso observaré que me siento un poco débil á consecuencia de los últimos sucesos. Llevar mas lejos vuestra hospitalidad, sería una impertinencia; por lo mismo, si pudiera enviar á un esclavo para que busease á algunos de mis ugieres....

—¡No, por todos los dioses! esclamó el Amal. Ahora eres mi huésped.... el de mi señora, á lo menos. Y nadie ha salido de mi casa sin haber comido y bebido, estando esto en mi mano. Amigos, que los cocineros se pongan con

empeño á trabajar, pues el prefecto ha de ser tratado por nosotros como un emperador, y le despediremos esta noche tan ébrio como pudiera desear. Siguenos: los godos somos gente ruda; pero por las Valkirias, ¡nadie dirá que no obsequiamos á nuestros huéspedes!

—Es una dulce violencia, dijo Orestes al ponerse en marcha.

—¡Deteneos! ¡Uno de vosotros, no cogió á un fraile?

—Aquí está, príncipe, con los codos atados atrás.

Y le fué presentando un monge alto, con semblante hosco y medio desnudo.

—¡Perfectamente! Introdúcidle. El prefecto le juzgará mientras se prepara la comida, y Smid tomará á su cargo el ahorcarle. Smid no hirió á nadie en el tumulto; estaba pensando en su amada.

—Uno de esos pícaros me arrancó con los dientes un pedazo de pierna, y caí al suelo, murmuró Smid.

—Bien, pues que pague éste por él. ¡Traed una silla, esclavos! Siéntate aquí, prefecto, y juzga.

—¡Dos sillas! dijo uno: el Amal no debe estar en pié, ni ante el mismo emperador.

—De ningún modo, amigos míos. El Amal y yo serémos como los dos Césares, y dividiremos el imperio entre ambos. Presumo que no hemos de disentir mucho en cuanto á mandar ahorcar á este digno personaje.

—La horca es un suplicio demasiado pronto para él.

—Yo iba á hacer igual observacion; hay ciertas formalidades judiciales, que generalmente se consideran útiles, si no necesarias, para la existencia del imperio romano....

—No hables tanto, gritó un godo. Si quieres ahorcarle tú mismo, hazlo. Pensábamos ahorrarte ese trabajo.

—¡Ah! excelente amigo mío, ¿quieras privarme del delicado placer de la venganza? Mi intencion es emplear mañana cuatro horas por lo menos en el suplicio de este piadoso mártir. Tendrá bastante tiempo para pensar entre el principio y el fin del tormento.

—¡Oyes, amigo? preguntó Smid al monge, dándole un golpecito debajo de la barba, mientras que los demás parecían considerar todo aquello como un agradable entretenimiento, y dividían sus burlas entre el prefecto y su víctima.

—El hombre de sangre lo ha dicho. Soy un mártir, respondió el monge.

—Emplearás una buena porción de tiempo en llegar á serlo.

—La muerte puede ser larga, pero la gloria es eterna.

—Cierto. Lo habia olvidado, y te retardaré esa gloria, si me es posible, uno ó dos años. ¿Quién fué el que me hirió con la piedra?

El monge no contestó.

—Dimelo, y en el momento que esté en poder de mis lectores, te perdonaré.

Sonrióse el preso y dijo riéndose:

—¿Me perdonarás? ¿Me perdonarás la eterna bienaventuranza y las cosas inefables que Dios ha preparado para los que le aman? ¡Tirano y verdugo! Yo te herí, segundo Diocleciano; yo te arrojé la piedra.... yo, Amonio. ¡Pluguiera al cielo que esa piedra hubiese sido para tí lo que el clavo de Jael la Kenita para Sisara!

—Gracias, amigo mio. Héroe, ¿teneis una cueva en que encerrar frailes como si fuese vino? Os molestaré esta noche con los cánticos de este héroe, y mañana enviaré por él á mis ugieres.

—Si empieza á ahullar cuando este-

mos en la cama, vuestros hombres le buscarán en balde por la mañana, dijo el Amal. Pero aquí vienen los esclavos á avisar que la comida está pronta.

—Espera, dijo Orestes; hay otra persona con quien tengo pendiente una cuenta.... aquel jóven filósofo.

—¡Oh! él nos acompañará tambien. Nunca se ha embriagado, respondo de ello, y es tiempo de que principie.

Diciendo así, el Amal puso afablemente su garra de oso sobre el hombro de Filemon, que pareció perplejo, y miró hácia Wulf, como si implorase de él algo.

Wulf le contestó con un sacudimiento de cabeza, que animó á Filemon para tartamudear una cortés negativa. El Amal prorumpió en un juramento terrible, y con un empujon de su pesada mano le envió dando traspieses hasta el medio del patio, pero Wulf se interpuso.

—El chico me pertenece, príncipe. No es borracho, ni quiero que lo sea. ¡Ojalá, añadió en voz baja, que pudiera decir lo mismo de algunos otros! Mándanos aquí nuestra comida, cuando hallas acabado. Así como medio cordero

nos bastará, y del vino mas fuerte lo necesario para que se remoje bien en el estómago. Smid sabe mi cantidad.

—En nombre del cielo, ¿por qué no nos acompañas?

—Antes que pasen dos horas, esa chusma, tratará de violentar la puerta otra vez, y debiendo quedarse alguno de centinela, será conveniente se quede aquel cuyos oídos no estén torpes con el vino y los besos de las mugeres. El chico me hará compañía.

Seguidamente entraron todos, dejando á Wulf y á Filemon en el salon de afuera.

Allí estuvieron sentados ambos como media hora, dirigiéndose uno á otro miradas furtivas, y quizá procurando cada cual averiguar, aunque en vano, lo que pasaba en el cerebro de su compañero. Filemon, aunque su corazon estaba ocupado en el recuerdo de su hermana, no podia menos de observar el aire de profunda tristeza que revelaba el semblante del anciano guerrero, marcado de cicatrices y curtido por la intemperie. La aspereza que habia notado en él la primera vez que le vió, parecia haberse convertido ahora en una

melancolla permanente. Las arrugas alrededor de su boca y de sus ojos, eran mas profundas y angulosas, y una perpetua indignacion estaba, al parecer, dibujada en su frente y en su labio superior. Media hora permaneció sentado en silencio é inmóvil, con la barba entre las manos, y éstas apoyadas en el extremo de su hacha, como si meditase hondamente, y escuchando con sarcástica sonrisa el ruido que formaban allá dentro los vasos y los platos.

Filemon respetaba demasiado la edad y magestuosa tristeza del anciano para atreverse á interrumpir su meditacion. Por último, una explosion de alegría mas estrepitosa que las anteriores, le hizo volver en sí.

—¿Qué nombre das á eso? dijo hablando en griego.

—Locura y vanidad.

—¿Y qué nombre le da ella... la Alruna... la profetisa?

—¿A quién te refieres?

—A la muger griega que fuimos á oír esta mañana.

—Locura y vanidad.

—¿Y no puede curar de semejante mal á ese afeminado romano?

Filemon, despues de un corto silencio, respondió:

—No, sin duda.

—¿Crees que podria curar á alguno de eso?

—¿De qué?

—De embriagarse y gastar su fuerza, su fama y sus riquezas, ganadas á costa de mucha fatiga, en comer y beber, en hermosos vestidos y en malas mugeres.

—Ella es muy pura, y predica la pureza á cuantos la oyen.

—Inútil. Tambien yo estoy predicando hace cuatro meses.

—Quizá sus argumentos fuesen mejores y atrajesen mas... quizá ...

—Entiendo. Siendo, como es, tan bella, no le costaria trabajo hacerse oir, mientras que á mi edad y con tan feas arrugas, me vuelven la espalda y me dicen que chocheo. ¿No es verdad? Bien. Es natural.

Hubo una larga pausa.

—Es una gran muger, prosiguió Wulf. No he visto otra igual, y he visto muchas. En otro tiempo hubo una profetisa, que vivia en una isla del rio Weser; y desde que se la veia, sin necesidad de que hablase, deseaba uno arrastrarse au-

te ella y decir: "Aquí me tienes, camina sobre mi; no sirvo para enjugar tus piés." Y muchos guerreros lo ejecutaron.... Quizá yo lo he hecho tambien antes de ahora.... Y esta se le parece extraordinariamente. Seria una esposa digna de un príncipe.

Filemon hizo un movimiento. ¿Qué nuevo sentimiento era el que le excitaba tal indignacion á la simple idea de Wulf?

—¿Belleza?... ¿Qué es el cuerpo sin alma? ¿Qué es la belleza sin la sabiduría? ¿Qué es la belleza sin la castidad? ¡La bestia! ¡el loco! ¡arrastrándote en el lodo en que se han arrastrado todos los cerdos!

—La muger hermosa sin discrecion, es como una joya de oro en el hocico de un puerco.

—¿Quién dijo eso?

—Salomon, rey de Israel.

—No he oido hablar de él nunca; pero, sea quien quiera, el que ha dicho eso fué un excelente saga. ¿Y es pura la muger griega?

—Sin mancha como la... bendita Virgen iba á decir, pero se contuvo. En